

JUAN CARLOS LOSADA MALVÁREZ

DE LA HONDA
A LOS DRONES

La guerra como motor de la historia

Prólogo de
FERNANDO PUELL DE LA VILLA

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
Introducción: Reivindicación (ácida) de la historia militar.	15
1. LA VIOLENCIA EN LA PREHISTORIA: ¿EL BUEN SALVAJE?	25
¿Nómadas agresivos y sedentarios pacíficos?	
Hondas y arcos	28
Las primeras ciudades: estado, ejército y religión	34
2. EL ESTÍMULO GUERRERO EN MESOPOTAMIA Y PRÓXIMO ORIENTE	39
Guerra, bronce, escritura y reloj de arena.	
La guerra, en verano.	39
Los grandes inventos mesopotámicos: la rueda y el carro de guerra	43
El desierto como defensa de Egipto. Atraso y crisis	45
El caballo irrumpe en escena. Ruedas radiales y arcos compuestos	47
El poder de Egipto. La era de los grandes ejércitos	51
Los hititas y su nueva arma terrible: el hierro	55
El caos de los Pueblos del Mar y la difusión del hierro	59
Los asirios: los nazis de la Antigüedad. Esplendor de hierro y caballos	61
3. DISCIPLINA, MOTIVACIÓN E INGENIERÍA: GRECIA Y ROMA ...	69
Grecia: convicciones cívicas y disciplina	70

El militarismo de Esparta	72
Carros persas frente a falanges macedónicas. El Oppenheimer siciliano	77
Roma levanta su imperio con sandalias.	82
La guerra en el mar: la tecnología del remo y del espolón .	89
Guerra bacteriológica y astucia.	94
4. LA VIOLENCIA MEDIEVAL: HIERRO, CABALLOS, CASTILLOS Y FANATISMO	97
Herraduras, sillas, estribos y armaduras	98
Los refinados bizantinos: espionaje, diplomacia y fuego griego	106
Las guerras de asedio. Viejas máquinas y nuevos castillos	111
La fuerza de la ideología: matando en nombre de Dios . . .	115
Gengis Khan, ¿precursor del Renacimiento?	119
5. EL SALTO CIENTÍFICO Y TECNOLÓGICO DE LA GUERRA	129
La infantería vence a la caballería: ballestas, arcos, picas y carros	131
La revolución científica y cultural de la pólvora.	137
La tecnología y la ideología conquistan América	148
Europa domina los océanos.	152
Nuevas murallas, masivos ejércitos, sanidad y millones en impuestos.	155
Las armas de la Ilustración: artillería, disciplina, planos y buques	165
Napoleón: patriotismo revolucionario, globos, remolacha y ambulancias	174
La guerra y el origen de la revolución industrial	180
6. EJÉRCITO, INDUSTRIA Y CULTURA	187
Comunicaciones, alimentos y medicina militar	189
La revolución de los nuevos fusiles y cañones	194
Consecuencias políticas y sociales de los grandes ejércitos	200

Los alucinantes inventos de la paz armada	204
La exaltación de la tradición y el rechazo de la técnica	210
La aparición de las leyes de guerra	214
7. LA GUERRA TOTAL	221
El matadero de la I Guerra Mundial y sus armas de destrucción masiva	221
La muerte llega del cielo	229
El impacto moral de la guerra: ocultismo y Sociedad de Naciones	243
Triunfo de la ciencia y la tecnología en la II Guerra Mundial.	247
Las sulfamidias, la penicilina, las transfusiones... y la <i>Biodramina</i>	257
Los juicios de Núremberg y la fundación de la ONU.	265
8. LA GUERRA FRÍA Y LA CARRERA DE ARMAMENTOS	271
Ciencia, avances electrónicos, comunicaciones y venenos	274
Los venenos químicos como arma de destrucción masiva	280
La amenaza de la guerra nuclear	284
Nuevas armas convencionales de la guerra fría	287
9. LAS GUERRAS ACTUALES: ¿QUIÉN ES EL ENEMIGO?	293
El terrorismo (o insurgencia) y la población civil. La respuesta de Occidente	297
El arma del espionaje masivo y la guerra de la información.	305
La guerra a distancia: los drones y el pulso electromagnético.	308
<i>Bibliografía</i>	313
<i>Índice alfabético</i>	317

INTRODUCCIÓN

REIVINDICACIÓN (ÁCIDA) DE LA HISTORIA MILITAR

Cuando cruzamos los Pirineos, una de las cosas que nos sorprende es que cualquier pequeña ciudad de Francia tiene un museo militar, por humilde que sea. Lo cierto es que en la mayor parte de Europa occidental el ejército es una institución valorada y respetada, cosa que no ocurre en España. Los motivos son sobradamente conocidos. El franquismo y todo lo que significó (la intromisión política del ejército en España en contra de la voluntad democrática y su condición de pilar fundamental de la dictadura) es la principal explicación de este descrédito. Sin embargo, ya hace casi 40 años que Franco murió y 30 que las amenazas de intromisión de los militares en la política desaparecieron por completo. Desde entonces las opiniones de ciertos militares que se hayan podido interpretar como intromisiones ilegítimas en la vida democrática, han sido contadas y severamente castigadas. De hecho, hoy en día, el ejército como institución es uno de los pilares en donde se asienta el sistema democrático, fuera de toda duda. Por otra parte, hace 20 años que desapareció el servicio militar obligatorio, algo que la gran mayoría de la población percibía como una coerción absurda e inútil, y las fuerzas armadas se dedicaron fundamentalmente a misiones internacionales de paz, así como a actuar de contingente de protección civil ante catástrofes naturales como incendios, inundaciones, terremotos... Por consiguiente el ejército ha experimentado unos cambios radicales, tanto en su esencia como en sus funciones, que lo hacen totalmente incomparable al de hace dos o tres décadas. Entonces ¿por qué persiste aún cierto grado de desprestigio de las fuerzas armadas entre la sociedad civil española? ¿Por qué se le sigue viendo como algo ajeno o incluso enemigo? ¿Por qué esta percepción negativa, este anti-

militarismo, no se acaba de desterrar, sobre todo en ciertos ambientes «intelectuales» que se consideran de izquierdas?

La respuesta es compleja y diversa, pero una de las explicaciones la podríamos encontrar en cierto sectarismo y prejuicio que aún está instalado en algunos ambientes culturales y universitarios, cuyos orígenes se remontan bastantes años atrás y que han dejado una costra difícil de arrancar. Durante los años de la transición democrática las facultades de Historia estaban saturadas de estudiantes. Vivíamos ilusionados con el fin del franquismo y quien más quien menos creía, lleno de ingenuidad, que el «socialismo de rostro humano», solución a todas las injusticias del mundo, estaba a la vuelta de la esquina. Es más: a la mayoría de mis compañeros y a mí, fue nuestra ideología abnegada y revolucionaria la que nos había llevado a matricularnos en Historia, al creer bienintencionadamente que estos eran los estudios, junto con los de Económicas, que nos permitirían implicarnos mejor en la actividad política. En aquellos convulsos momentos esto era lo principal, y las demás disciplinas no eran más que zarandajas secundarias. El fin era el cambio revolucionario y no el estudio que, en todo caso, solo era un medio para la formación política. Hinchidos de gozo esperábamos aprender todo el marxismo posible, todo ese conocimiento mágico que nos abriría las puertas de la sabiduría y que nos convertiría en los hombres nuevos, en émulos del Che Guevara. Todo lo que no fuese marxista era inútil y lo tildábamos —con ignorante osadía juvenil— de fascista, reaccionario, burgués o ardid de aquel ogro tenebroso que era conocido como «la Trilateral».

La mayoría de los comprometidos —cuando no acomodaticios— profesores no nos defraudaron y asistíamos entusiasmados a sus clases pensando que cuanto más rojos fuesen y más radical fuese su ideología, más calidad docente atesoraban. Ellos, también emocionados por las expectativas políticas, no paraban de explicarnos el materialismo histórico a todas horas, compartiendo alumnos y docentes las mismas buenas intenciones: comprender el mundo para cambiarlo. ¡Nada de estudiar fechas, personajes, reyes, batallas, tratados, biografías, anécdotas...! ¡Nada de datos y más datos inútiles propios de desalmados memoriones, que no sirven y se pueden encontrar en enciclopedias y manuales (que por otra parte nunca se acababan consultando)! Ello suponía que, ya en el primer año de carrera, nos atiborramos de insoportables y pesadísimos libros sobre presuntas metodologías de la historia, de autores presuntamente marxistas preferentemente sudamericanos. Por supuesto

no entendíamos nada pero, para no quedar mal, decíamos en el bar (verdadera alma «intelectual» de las facultades que habían desplazado a las bibliotecas) que eran estupendos y clarividentes. La conclusión era obvia y siempre la misma: el único método válido de comprensión era aquel marxismo espureo, sacado de catecismos que lo declaraban «científico» y por lo tanto irrefutable. En consecuencia había que estudiarlo con todo el ahínco posible.

No nos dábamos cuenta —necios de nosotros, y también muy vagos— que los grandes historiadores verdaderamente marxistas a los que admirábamos, habían llegado a sus magníficas interpretaciones y síntesis generales (Pierre Vilar o Eric Hobsbawm, por ejemplo), como resultado de un amplio conocimiento de esos datos concretos que nosotros mismos pedantemente rechazábamos. Y creíamos que podíamos alcanzar esa interpretación general saltándonos, precisamente, todos esos presuntos datos «inútiles». Pensábamos que lo crucial en la Historia, lo único importante, era la historia económica, el ver cómo las clases opresoras habían explotado desde siempre a los oprimidos, esa lucha de clases como el hilo conductor que había de llevar a la humanidad al paraíso comunista. Lo más importante era aprender marxismo, aunque enseguida surgían bizantinas pero apasionadas discusiones sobre el número de modos de producción, sus inacabables e incomprensibles transiciones, los mecanismos de interrelación dialéctica entre la infraestructura y las superestructuras, etc., etc., que podían acabar en furibundas acusaciones de revisionismo entre marxistas convencionales, maoístas, leninistas o trotskistas de tal o cual internacional.

De esta manera, con solo tres horas de clase al día (!), estando más tiempo en el bar que en las aulas, dedicando más tiempo a repartir octavillas y participar en asambleas que a los libros, fuimos pasando curso tras curso sin saber nada de historia concreta y real. En nuestras manos solo cabían los libros de autores marxistas (presuntamente) y algunos alardeaban de saber distinguir las sutilezas del pensamiento paranoico-marxista de Louis Althusser, aquel que luego estranguló a su mujer en un ataque de locura. Como no podía ser de otro modo nuestro libro de cabecera era aquel panfleto insoportable de la chilena estalinista Marta Harnecker (*Los conceptos elementales del materialismo histórico*), alumna de Althusser, que a modo del *Camino* de Escrivá de Balaguer, iba resolviendo cual breviario todas las dudas del presunto buen marxista. Lo leíamos con devoción y lo llevábamos encima, exhibiéndolo con orgullo en el metro o en el autobús, cuando no iba dentro

de nuestro reglamentario macuto. Esa era la historia militante en la que algunos fuimos formados y de la que debíamos ser sus propagandistas.

Así, entre toda una vacía verborrea, con la fe ciega en el inminente colapso del capitalismo víctima de sus eternas contradicciones, analizando conceptos que hoy siguen siendo inescrutables como ese de la «pequeña burguesía», con aprobados políticos, con trabajos en grupo que firmaban diez y que había hecho (es un decir) uno, con exámenes, con apuntes y con la colaboración de los profesores afines, nos sacamos a los cinco años la licenciatura de Historia Contemporánea (la única especialidad revolucionaria, claro). No habíamos estudiado apenas la Revolución Francesa (siempre solía haber huelgas a principios de curso), y tampoco qué rey había protagonizado la Restauración española de 1875... pero sí sabíamos hablar de la acumulación de capital, de las terribles condiciones de vida de la clase obrera, la mujer o el campesinado, de las revueltas sociales, sobre el «intercambio desigual», de aquel maremágnum tan confuso que era la transición del feudalismo al capitalismo, o sobre nuevos e interesantes enfoques que surgieron pero que, en buena medida, fueron utilizados como coartadas progresistas de la ignorancia. Eran recientes especializaciones como la «historia oral», «arqueología industrial», «historia local», «microhistoria»... que podían ser muy interesantes, pero que en sí solas, aisladas, resultaban totalmente inútiles cuando no en muchas ocasiones un fraude. Armados con esas novedosas visiones historiográficas, muchos nos tuvimos por grandes científicos renovadores de la Historia y, además, impulsores de la Revolución. Mucha historia económica y social pero la otra cara de la moneda es que no teníamos idea, ni los alumnos ni muchos de los docentes, de la historia de la Iglesia y de las religiones, del Estado, de la Justicia, del Ejército... (la historia del poder, al fin y al cabo). Incluso la historia política se despreciaba y, efectivamente, no sabíamos de reyes, ministros, leyes, tratados, guerras, fechas ni nada de eso. El resultado era desastroso: habíamos aprendido a manejar, presuntamente, muchas visiones interpretativas de historia y del mundo... ¡pero no sabíamos, no teníamos, no habíamos aprendido los datos que debíamos interpretar! ¡¡¡Éramos interpretadores sin conocimientos que interpretar!!!

Las décadas han pasado y el horizonte de la revolución socialista se ha esfumado, para bien o para mal. La evolución de los acontecimientos nos ha puesto a cada uno en su sitio y la Historia es hoy una de las cenicientas de las universidades españolas. La Historia vive horas ba-

jas; el rigor y la búsqueda de la objetividad (que aunque no exista absolutamente se ha de seguir persiguiendo con ahínco) han desaparecido en buena medida, víctima de una perversa ideologización. Así, en la prensa, los historiadores hablan de política y no de historia. Parte de aquellos profesores presuntos marxistas entregados a la causa han cambiado de banderas y ahora son tertulianos o articulistas encendidos, que defienden con igual ardor ideologías profundamente reaccionarias (incluyendo los nacionalismos) a cambio de favores y estipendios. Este es uno de los problemas actuales de la Historia en España: el exceso de ideologización y de sectarismo que ello conlleva. Por eso hoy se utiliza como un arma arrojada para reprochar y ahondar diferencias y no para construir, comprender o tender puentes. Y no solo eso, sino que lo grave es asumir esta agresividad innoble con naturalidad y como algo inevitable, aceptando sin rubor que hay historiadores de «derechas» y de «izquierdas», «nacionalistas» o «españolistas» y que se puede deformar frívolamente la historia para amoldarla a las convicciones políticas respectivas sin que nadie se escandalice. Lo cierto es que se ha renunciado al rigor y a la búsqueda de la objetividad, en la línea de la misma incompetencia profesional que entonces ya padecíamos muchos en la universidad. Esos ideólogos no ejercen de historiadores, sino de propagandistas, que desde hace años, varias décadas, han renunciado a hacer historia y siguen viviendo del prestigio de sus obras de juventud (si es que en su momento escribieron algo decente) y que ahora viven apalancados en sus cátedras universitarias obtenidas, en gran parte, gracias al secular favoritismo y a la endogamia universitaria.

Al acabar la carrera a algunos nos hubiese gustado seguir investigando y enseñando en la universidad. Pero no tuvimos enchufes ni contactos políticos y si quisimos hacer historia fue a costa de estudiar e investigar en nuestro tiempo libre, haciendo lo que hasta entonces habíamos hecho poco (leer, estudiar, aprender datos, investigar, discutir, contrastar...). La ventaja es que hemos podido ser más libres porque no hemos debido favores a nadie y hemos podido escribir o decir lo que hemos deducido de nuestras investigaciones, sin preocuparnos si debía o no coincidir con los intereses de los poderes políticos de turno. Es más, a algunos nos dio por estudiar áreas que eran consideradas tabú en su momento, como la historia militar, a la que se veía cosa de fascistas, de militares de Franco y, por supuesto, incompatible con ser un «historiador de izquierdas». Sin embargo la realidad es tozuda y sin

el estudio de los ejércitos, de las guerras, no se puede hacer historia. Porque es evidente que ha habido batallas cuya suerte ha sido determinante para condicionar profundamente la historia de la humanidad. ¿Acaso alguien duda que la historia hubiese cambiado radicalmente si Aníbal hubiese conquistado Roma, Hitler hubiese ganado la guerra, o si la II República hubiese vencido en la batalla del Ebro, o si Castilla hubiese vencido en Aljubarrota y Aragón en Muret, etc.? ¿Acaso no es de vital importancia histórica saber las causas de esas victorias o derrotas, así como sus consecuencias? Y otra pregunta más: ¿es que solo los militares pueden estudiar la historia militar?

Pero hoy, por desgracia y como hemos señalado al principio, la historia militar sigue estando en buena medida apartada de muchas de las universidades, al ser considerada, cuando no de fascistas, algo propio de *frikis*, militaristas o «españolistas». Un juicio injusto, fruto del sectarismo y la ignorancia, que ha salpicado incluso a altas esferas del poder. ¡Qué decir de ciertos ambientes y de una ciudad en donde no hay reparo en cerrar un museo militar magnífico, mientras existen y se promocionan museos tan pintorescos e interesantes como del chocolate, del calzado, del sello, de la cera, del perfume, del cómic, de la moto, de la indumentaria, del deporte, del tenis, del erotismo, etc.! Por supuesto, nos referimos a Barcelona y al lamentable cierre y dispersión, si no pérdida, del patrimonio del Museo Militar de Montjuïc. Como decía nuestro añorado Gabriel Cardona en el año 2009: «*En los últimos años solamente se han cerrado en todo el mundo dos museos: el de Afganistán y este de Barcelona. Cuando una cosa no gusta se destruye y lo que ha sucedido aquí es el mismo mecanismo que cuando se volaron los Budas, es decir, se actúa como talibanes*».

Pues bien, reivindicamos con ahínco la importancia y la validez de la historia militar, pues supone un trampolín perfecto para bucear en la historia total. La historia del ejército, de la violencia, de las guerras, es también la del Estado, de la sociedad de clases, de los mecanismos de dominación e integración, de los nacionalismos, de la psicología de masas, de la antropología, de la ideología, de la economía, de la ciencia y la tecnología, de los inventos, de la medicina, del derecho, de las relaciones sociales,... es hacer historia total, esa «Historia sin más» que, como decía Lucien Febvre, rompe con la historia compartimentada. Eso es lo que desde este libro pretendemos, humildemente, hacer desde la óptica de la historia militar.

¿LAS GUERRAS COMO ESTÍMULO DEL PROGRESO?

Este libro no pretende ser una historia de la guerra en general, ni de los ejércitos, de las tácticas y estrategias, ni de los grandes generales o pensadores militares de la historia, ni de la historia de la ciencia y la tecnología. Por supuesto tampoco es su misión entrar en las causas de la violencia que el hombre lleva expresando desde sus más remotos orígenes. Ni bucear en las de las guerras, aunque es obvio que la necesidad de la supervivencia, junto con nuestros genes malvados como la ambición, el poder, el ansia o necesidad de controlar en exclusividad los recursos naturales, están en la raíz de todas ellas. Igualmente esta obra no es un estudio especializado ni profundo de ninguno de los periodos concretos de la historia, guerra o batalla, o de otras cuestiones que aquí repasamos, de los que hay magníficas obras monográficas escritas por excelentes especialistas. Sencillamente tratamos de divulgar con rigor y amenidad, la relación de estímulo que ha habido entre el fenómeno de las guerras y el progreso general de la sociedad en sus distintas vertientes y a lo largo de toda la historia, a vista de pájaro. Pero sin duda más de uno se habrá escandalizado al leer el epígrafe de este apartado. No le falta razón. Es imposible, o muy difícil, encajar conceptos tan dispares como guerra y progreso. Las guerras han sido, y son, causa de los peores males de la humanidad, de atroces muertes y sufrimientos y la peor lacra de la historia. Sin ellas el mundo sería mucho mejor, aunque posiblemente un gran número de avances científicos que hoy nos hacen más fácil la vida, y seguramente más felices, no habrían visto la luz al menos tan rápidamente. Esta es una de las muchas paradojas, e incógnitas, de la historia.

Ante la escasez de recursos, las guerras aparecieron como la competencia entre comunidades por controlar campos de cultivo, rebaños, fuentes y cursos de agua, minas, bosques, puntos estratégicos de comunicación, rutas comerciales... Nos guste o no, los conflictos bélicos llevan ahí desde el origen de la humanidad y en los últimos años, como mucho, únicamente se ha podido aspirar a moderar su crueldad mediante tratados internacionales generalmente incumplidos; solo eso. Por ello la historia de la humanidad es, también, una historia de violencia y guerras. En un primer momento se desarrolló de un modo instintivo, primitivo, y luego de forma más compleja, regulada y controlada por el Estado a través de los ejércitos y de los cuerpos policiales. Esta constante histórica ha marcado y condicionado el desarrollo de nuestro

devenir de un modo ineludible por varios motivos. Ante todo porque los ejércitos han sido la principal herramienta de la política exterior de los estados, sea para expandirse o para defenderse de otras potencias: sin ejército no hubiese existido ni Imperio Romano ni la política expansionista de Hitler, por ejemplo. También porque como instrumento al servicio de las clases y castas dominantes, ha sido siempre la última respuesta represiva ante la insuficiencia de los otros elementos (leyes, ideología, religión, policía...) si se quería reprimir una revuelta de los sectores sociales explotados del propio estado que con cierta frecuencia estallaban en época de penuria, o conjurar cualquier revolución que pudiese darse. Es evidente, por tanto, que los ejércitos están ligados a la aparición, desarrollo y consolidación del Estado y que, en ocasiones, lo han modelado, cuando no sustituido a través de un código de valores al que podemos denominar como militarismo. A este respecto, sociedades como Asiria o Esparta, entre otras muchas de la Antigüedad, o la mayor parte de las dictaduras del siglo xx, no se pueden entender sin comprender el papel que el ejército, o la obsesión belicista de sus gobernantes, ejercía en ellas.

Pero los ejércitos no se han limitado a ser el soporte del Estado, tanto en tareas de política exterior o en represión interna. Desde los orígenes, los militares se dieron cuenta que la victoria estaría, casi siempre, del lado del poseedor de las armas más mortíferas y eficientes, y que, por tanto, era imprescindible dedicar a ellas a los mejores artesanos y todos los recursos económicos posibles. Ello ha hecho posible algo obvio: casi siempre la victoria ha estado del lado del más avanzado técnicamente, que ha sido, casi siempre, el más poderoso económicamente, o al menos el que ha sido capaz de abocar más cantidad de recursos a la guerra para alcanzar esa supremacía técnica. Por ello no nos ha de extrañar que, generalmente, el terreno en donde más se ha buscado la mejora y el perfeccionamiento de la técnica, y en donde primero se ha aplicado, ha sido en el bélico. Recordemos las palabras de Marc Bloch: «Explicar el combate sin las armas, al igual que los campesinos sin la azada y la sociedad sin herramientas, equivale a amontonar nubes inútiles y oscuras».

De esta manera, los ejércitos y la práctica militar, también han supuesto un intenso estímulo de los avances técnicos y científicos que, aunque planeados para la destrucción y la muerte, muchas veces, también han supuesto notorios progresos en la calidad de vida de la humanidad cuando se han trasladado posteriormente al mundo civil. Ciertamente

que en un principio, como dijo Toynbee, «...todo progreso de la técnica militar es habitual, sino invariablemente, síntoma del declinar de la civilización», en cuanto su inmediata aplicación es la muerte y destrucción. Muchos otros pensadores traumatizados por la I Guerra Mundial, como Lewis Mumford, opinaban lo mismo, llegando a casi renegar de todos aquellos avances que habían llevado a la humanidad a aquella destrucción nunca antes conocida. Pero sin duda la experiencia ha demostrado, más adelante, que estos mismos avances pueden redundar en todo lo contrario, como veremos en las páginas de este libro.

Es una evidencia incuestionable, nos guste o no, que la guerra ha sido el principal estímulo de las ciencias y de la tecnología en todas sus ramas, así como también uno de los motores en la psicología, en el arte, en las modas, en el pensamiento, en el derecho, etc., convirtiendo a la guerra en el mayor catalizador, posiblemente, de la carrera tecnológica y científica y en uno de los estímulos generales del desarrollo social. Ello ha sido, además, un proceso creciente porque los fondos necesarios para la investigación, cada vez mayores, solo han podido ser aportados por los estados que, a su vez, han exigido rápidos resultados a esas gigantescas inversiones. Muchos dirán, y es posible que con mucha razón, que la relación entre investigación armamentística y avances tecnológicos y científicos aplicables al mundo civil no es mecánica ni directa, ni tampoco igual en todos los momentos de la historia ni en todos los países. Y que también, con toda probabilidad, los avances de los que hoy disfrutamos derivados de las armas, hubiesen acabado llegando igual a la sociedad aunque fuese algo (o mucho) más tarde. Pero aquí, en estas páginas, no vamos a especular sobre ello, sino que vamos a tratar de ver cuáles han sido esos resultados, veraces y demostrables, de la transferencia que ha habido en la historia desde los avances militares al mundo civil. Es evidente que la guerra y los ejércitos juegan un papel clave en la sociedad. Una función, para bien y para mal, de motor y de estímulo, o más bien de engranaje de esa gran máquina que es la Historia. Junto a otros mecanismos como la economía, la lucha de clases, la ideología, los sentimientos, la religión y un largo etcétera, interrelacionados todos entre sí, contribuyen a impulsar el devenir de la Humanidad, no sabemos si hacia la mejora de la especie humana o hacia su autodestrucción. Ayudar a comprender este papel de la guerra y los ejércitos en la Historia es el objetivo de este libro. Este va a ser su hilo conductor y su objetivo principal: tratar de

ver y analizar la interrelación entre guerra y desarrollo técnico y científico, de modo simple y sencillo.

Un último argumento. Las guerras han tenido también la consecuencia positiva de hacerlas cada vez más odiosas a los ojos de la humanidad. Su terrible crueldad, el dolor causado por ellas, refleja la capacidad de mal del ser humano, pero al mismo tiempo nos sensibiliza en su contra, nos hace repudiarla y odiarla de modo creciente. Es evidente que con el paso de los siglos, si bien ha ido aumentando la capacidad destructiva de la sociedad, lo es también que ha ido aumentando la sensibilidad social en contra de la violencia, que el ser humano se ha vuelto cada vez más reactivo a ella o más escrupuloso a la hora de emplearla. Hace dos mil años a muy pocos les molestaban los combates de gladiadores y hoy en día la sociedad ni siquiera soporta el maltrato animal, por lo que se prohíben o regulan las corridas de toros, las peleas de gallos y cada vez aumenta la presión social en contra de la caza, práctica que cada vez más genera un creciente rechazo, entre muchos ejemplos.

Ojalá esta obra contribuya humildemente a hacer de todos nosotros personas profundamente antibelicistas y pacifistas, que no hemos de confundir con antimilitaristas. Porque hacer historia militar no supone estar enamorado de las guerras, sino todo lo contrario. Pero hay que hacerlo comprendiendo la importancia determinante que, en el desarrollo de la Historia, ha tenido la violencia y las guerras. Este es nuestro propósito.

Alella, febrero de 2014